

BIBLIOTECA

Esteban Emilio Mosonyi

Identidades espontáneas e inducidas

SU REPERCUSIÓN EN EL CASO

VENEZOLANO



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

BIBLIOTECA ESTEBAN EMILIO MOSONYI

Identidades espontáneas e inducidas

SU REPERCUSIÓN EN EL CASO VENEZOLANO

ESTEBAN EMILIO MOSONYI

Identidades espontáneas e inducidas

SU REPERCUSIÓN EN EL CASO VENEZOLANO



1ª edición en Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad
Central de Venezuela, 1995

1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Identidades espontáneas e inducidas: Su repercusión en el caso venezolano

© Esteban Emilio Mosonyi

EDICIÓN, DISEÑO Y PORTADA

Ennio Tucci

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2025000665

ISBN 978-980-01-2526-7

ÍNDICE

RESUMEN	9
I	11
II	21
III	31
IV	39
V	43
BIBLIOGRAFÍA	49

RESUMEN

Es un lugar común la idea de la reducción del planeta a una suerte de “aldea global”, incluso mucho más allá de los planteamientos originales de MacLuhan. Cualquier medio informativo da cuenta de nuestra proximidad metaespacial con países como Bulgaria, Irán o Suráfrica, de la influencia que tiene sobre Venezuela el nivel del precio petrolero en Nigeria, o de la evidente atracción mundial de los grandes campeonatos deportivos.

La primera reacción de los mismos científicos sociales frente a tales hechos fue la idea de que la humanidad se encaminaba hacia una unificación indiferenciada, una identidad colectiva única, sin distingos de ninguna especie. Ahora estamos seguros de que tal previsión no se cumplirá ni siquiera a largo plazo.

Efectivamente, no solo las cruentas luchas interétnicas e interreligiosas en África o en la ex-Yugoslavia constituyen la prueba fehaciente de que la articulación y proximidad crecientes no llevan necesariamente a la fusión grupal. Estos son casos extremos y deplorables para todo ser humano no fanatizado. Pero la sociodiversidad como tal —entendida como fuente de creaciones múltiples y contrastantes— es una legítima necesidad para el ser humano. El actual contexto multisocietario brinda un nuevo marco para la reinterpretación y expansión de tales diferencias.

El estudio interdisciplinario de las identidades nacionales y culturales —que nosotros dividimos además en espontáneas e inducidas— ha sido una tarea muy accidentada para los pocos científicos sociales que han osado abordar el tema. En décadas anteriores, los “positivistas” de cualquier índole se oponían tenazmente a toda consideración seria de algo que ellos tenían por ideológico, fantasioso y hasta negativo.

Hoy día se va comprendiendo la significación real del planteamiento identitario. Mas sigue siendo obvio que existen muchas formas de acercamiento, desde el misticismo declarado hasta un cientificismo con ínfulas de cuantificación generalizada. Hacia los años 80 se populariza el llamado “factorialismo”, que codifica las identidades con arreglo a rasgos bien perfilados y definidos, entre los cuales se establecen relaciones mensurables. Así, la fórmula existencial de un venezolano podría resolverse en una ecuación donde figuren entes como María Lionza, la viveza criolla, la música llanera, un castellano “sincopado” y otros factores por el estilo.

Nuestro enfoque no rechaza la presencia de factores identitarios —siempre que no se trate de datos universales y absolutos— pero los mismos solo adquieren validez en el contexto de representaciones colectivas sólidamente fundamentadas, tanto por el comportamiento de sus portadores como de grupos ajenos.

I

La atención renovada y muy particular que la actual ciencia social interdisciplinaria viene concediendo al tema de las identidades colectivas no constituye un hecho accidental ni mucho menos puede despacharse como una moda intelectual. A lo largo del presente trabajo señalaremos que tal conceptualización está en el epicentro de los grandes nudos problemáticos que caracterizan el orden mundial actual, más allá de las implicaciones teóricas que tampoco faltan en nuestro caso.

Debemos, además, retomar la idea de que durante las últimas décadas ha habido una fuerte represión hacia el tratamiento del fenómeno identitario, junto a otros hechos subjetivos y culturales cuya sola mención chocaba con prejuicios economicistas de izquierda o de derecha, procedentes del marxismo, del neoliberalismo y aun de corrientes neopositivistas de índole variada.

No es nuestra intención ceder ante ciertas tendencias pendulares en el sentido de privilegiar un subjetivismo intransigente que reste importancia a las configuraciones objetivas y hasta cuantificables, a manera de una simple retaliación intelectual. Por el contrario, propugnamos la idea de buscar un equilibrio que optimice una representación de lo real social, y tenga en cuenta las múltiples determinaciones que conforman toda su complejidad y variedad, de difícil tratamiento mas no por ello inasible. Más que la riqueza teórica de todas estas discusiones, nos preocupan las implicaciones prácticas de la eclosión de las identidades que parece ser uno de los signos de nuestra época. Por un lado, somos testigos de tendencias globalizantes con alcance planetario que nos conducen hacia cierta unificación del

mundo como nunca antes ha sucedido en la historia. Negar esto reflejaría un dogmatismo absurdo en que no querríamos incurrir.

Sin embargo, esas líneas directrices de carácter unificador no deben llevarnos hacia una creencia ciega en el tipo de globalización pregonada por el neoliberalismo y otras doctrinas socio-políticas que pretenden simplificar la realidad. Es una gran verdad que los diversos órdenes de actividad humana se van articulando sin cesar, y al hacerlo atraviesan tiempos y espacios hasta encontrar una configuración interdependiente. En otros términos, lo aislado pierde su sentido absoluto al ir encontrando un sitio dentro de una red de relaciones donde cada factor tiene su peso específico: un buen ejemplo de ello sería la preocupación que siente la opinión mundial por la suerte de los yanomami y otros pueblos indios amazónicos y de otras latitudes. Es también innegable que los llamados Estados nacionales ya no representan esos hitos de soberanía impenetrable como eran concebidos en el ámbito decimonónico. Lejos estamos de preconizar la desaparición del Estado como entidad colectiva, mas sería inútil negar la preponderancia creciente tanto de las realidades supraestatales como infraestatales. Entre las primeras tenemos los grandes organismos internacionales, los Mercados Comunes y pactos equivalentes, la Comunidad Europea e iniciativas similares en otras latitudes. Dentro de la segunda categoría están los localismos y regionalismos, las reivindicaciones étnico-nacionales, el fortalecimiento a menudo antagónico de los grupos religiosos, junto al surgimiento de agrupaciones signadas por intereses muy específicos que contribuyen también, a su manera, a la multiplicación de los actores colectivos.

Más que hablar de una globalidad uniforme y sintética, conviene referirnos a una conjunción centrípeta de grupos de identidades que van de lo microsocioal a lo macrosocioal, en cuyo seno el llamado Estado Nacional —que antes se pretendía casi omnipotente y hasta absoluto— es hoy apenas algo más que un

peldaño intermedio y no precisamente el más importante desde múltiples puntos de vista.

Conviene detenernos en esta afirmación con cierto cuidado. Por un lado, es fácil ilustrarla mediante, por ejemplo, la creciente marginalización de que van siendo objetos los países latinoamericanos. La manipulación de la deuda externa va barriendo los pocos restos de soberanía verdadera que aún les quedaba a estos Estados. Es ampliamente conocido que los programas macroeconómicos vienen en buena parte pre-elaborados por las grandes instancias financieras transnacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario. Uno que otro gobierno —como el del Presidente Caldera en Venezuela— puede negar ese hecho de labios afuera, pero tarde o temprano parecen imponerse las realidades objetivas. En las circunstancias actuales, proceder de otra manera significa para cualquier país no hegemónico el riesgo de aislarse de las fuentes de financiamiento internacional y hasta destruir todas sus opciones de comercio exterior.

Mas aparentemente, el Estado tiende a resarcirse por otras vías ante la evidente disminución de su poder decisorio en los planos fundamentales del acontecer político.

Continuando con el caso venezolano, uno de dichos signos compensatorios es el posible endurecimiento de la política fronteriza de este país. Mientras en Europa y gran parte del resto del mundo las fronteras se vuelven opacas y triviales, en Venezuela esta palabra se pronuncia con mayúscula y es de buen tono —incluso para el ciudadano común— marcar bien las diferencias y albergar sentimientos hostiles frente a Colombia, Brasil o Guyana: curiosamente casi nunca frente a los Estados Unidos con los cuales Venezuela posee también una larga frontera marítima.

Por otra parte, las víctimas propiciatorias de la paranoia limítrofe son siempre los débiles jurídicos, entre ellos los indígenas, antiguos y a veces únicos pobladores de las franjas divisorias actuales. Cuando los gobiernos y diversos grupos de presión

exigen históricamente el “poblamiento de las fronteras” y el refuerzo de la “presencia venezolana” en ese mismo espacio, saben a ciencia cierta –aunque pretendan encubrir la verdad por medios propagandísticos– que están proponiendo intervenir y desplazar a las comunidades autóctonas, además de deforestar las selvas y atentar contra ecosistemas extremadamente frágiles.

Aun con tales reservas, la revitalización y debilitamiento de muchos Estados –no de los más poderosos, ciertamente– es en parte responsable por la eclosión microsocia, en principio muy beneficiosa pero en ocasiones altamente dañina, que hoy vivimos. De lo último es fácil encontrar ejemplos adecuados que cubren una serie de situaciones: las guerras interétnicas en las antiguas Yugoslavia y Unión Soviética, las terribles matanzas entre los pueblos de Ruanda y otros países africanos, el recrudecimiento del problema religioso y racial en gran parte del mundo, incluso la proliferación de movimientos un tanto anarcoides que defienden una concepción extremista del poder local como solución única o fundamental para los grandes problemas de la humanidad.

Este es el momento adecuado para poner de relieve uno de los puntos principales que plantea el presente trabajo. De ningún modo estamos de acuerdo con una concepción que contempla estas derivaciones negativas de lo microsocia como una razón para desvirtuar la validez de los múltiples actores colectivos, marcados por sus respectivas identidades particulares. Por el contrario, consideramos que la diversidad humana o sociodiversidad es un ingrediente fundamental no solo del pasado y del presente, sino un factor vital en la génesis de una nueva agenda política con cara al futuro y destinada a la conformación de un universo mucho más habitable y proclive al desenvolvimiento de las potencialidades de nuestra especie.

Por otro lado, estamos seguros de que la diferencialidad aludida ha sido muy mal manejada en el pasado histórico, lo que

explicaría hasta cierto punto los tremendos choques interétnicos, más todos aquellos conflictos que se dan en razón de la confrontación de identidades particulares, aparentemente incompatibles. Lógicamente no caben más de dos posibilidades para el tratamiento de las identidades diferenciales: tratar de negarlas y minimizarlas, o bien reconocerlas y sacarles todas las ventajas posibles, las cuales son mucho más importantes y numerosas que todo cuanto aparece a primera vista.

No es difícil demostrar que en cualquier parte del planeta donde actualmente se dan estos conflictos microsociales, ha habido largos períodos de discriminación, intolerancia, persecución y hasta genocidios de toda laya. Volviendo al caso yugoslavo, un conocimiento elemental de la historia de la Península Balcánica nos hace ver la mutua intransigencia que siempre ha enfrentado unos pueblos con otros, incluyendo sus culturas, religiones, idiomas y —en medida nada despreciable— sus intereses económicos, sin dar a estos últimos la interpretación estrechamente economicista y clasista a que nos acostumbró cierta ciencia social.

Para citar un caso bien conocido en América Latina, sería difícil poner en tela de juicio que las rebeliones y movilizaciones indígenas de Chiapas —México—, Perijá —frontera colombo-venezolana—, Ecuador y Bolivia, entre otros países del Continente, son producto de una acumulación secular de políticas tanto étnicas como socio-económicas no solo absolutamente erradas sino marcadas por la intolerancia, discriminación y sobreexplotación en su grado más extremo, lindante con el genocidio perpetuo.

Para extirpar esta clase de enfrentamientos paralizantes, no puede dejar de abogarse por un nuevo ordenamiento económico y ecológico en el mundo entero. Pero igualmente es preciso comprender que la sociodiversidad, lejos de ser un mal necesario, es la condición misma de supervivencia del género humano, en forma similar a lo que representa la biodiversidad en el contexto

ecológico terráqueo. Podría contestársenos que ya de hecho las personas individuales son diferentes y sus discrepancias no serían borradas por la minimización de la diversidad colectiva consistente en la desaparición de los grupos como tales. Pero ese razonamiento simplista no solo contradice todo el devenir histórico-ontológico de nuestra especie, sino que resta realidad al despreciar las obras colectivas y los códigos que las motorizan: culturas, lenguajes, normas, identidades.

Esta última categoría –la de las identidades, en nuestro caso colectivas– nos transporta al núcleo generador de las reflexiones que tratamos de transmitir. Es de vital importancia lograr una comprensión cada vez más certera de este concepto tan elusivo que muchos han optado inclusive por negar su existencia. Nosotros en cambio, preferimos afrontarlo con todas sus consecuencias, a sabiendas de que al hacerlo no estamos solo dando satisfacción a una aspiración teórica, sino que contribuimos, de algún modo, a una agenda política de amplias proyecciones y en última instancia beneficiosa para la humanidad. En el transcurso de nuestras indagaciones y al comparar los distintos usos a los que se ha visto sometido el término identidad –tanto en textos científicos como en otros desprovistos de ese carácter– hemos arribado a una conceptualización operativa que resumiríamos en la forma siguiente: La identidad es una suerte de rotulación transcategorial, una cobertura simbólica que abarca, no sin dejar residuos, un agrupamiento humano reducible a la unidad en cuanto colectivo, sobre la base de una o varias características pertinentes, normalmente heterogéneas unas respecto de otras. Así, por ejemplo, una identidad étnica expresada por palabras como huichol, bosquimano o maorí nos remite a grupos humanos que se reconocen desde adentro y son vistos desde afuera, pertenecientes a una sola entidad históricamente constituida.

No resulta decisivo si todos los miembros de un grupo identitario dado –etnia, nación, formación supranacional como

Latinoamérica— comparten o no de manera uniforme el conjunto de características subyacentes, ya que el rótulo identificador funciona a manera de la palabra entendida en un sentido lingüístico, como una abstracción generalizada que se aplica sobre un universo polimorfo y confuso. Así como existen muchos tipos de libros, edificios, muebles o bosques, también hay formas muy distintas de ser francés, católico, malayo o centroamericano.

En este ensayo solo hemos querido tocar muy marginalmente el concepto mismo de identidad, y tampoco entramos en las operaciones analíticas y sintéticas llamadas a ubicarlo en un contexto socio-cultural más amplio. Lo que sí nos importa adelantar en el espacio que resta, es lo relativo a la génesis u origen societario de la identidad, es decir, el sitio y el nivel que ocupa dentro de la totalidad de lo real-social. Concretamente, nos interesa pronunciarnos sobre la concepción de la identidad como un *constructo*, una categoría ideológica impuesta a partir de ciertas élites y otras fuerzas sociales particulares sobre un conjunto poblacional. Como de costumbre, queremos alejarnos de toda postura dicotómica basada en la confrontación de extremos antagónicos. Es indudable que la identidad colectiva —en términos generales— responde en parte significativa a la caracterización de lo que se entiende por constructo. Pero ello depende de una gradación continua que va desde la identidad emanada de profundísimas raíces histórico-culturales cuyos portadores son los pueblos indígenas y tradicionales, hasta la formalización reciente de muchas identidades nacionales y supranacionales que presenta un alto componente político, situacional y coyuntural como es el caso de los habitantes de la mayoría de los países creados en los dos o tres últimos siglos: Estados Unidos, Alemania, Italia, Bolivia, Venezuela, Nigeria, Indonesia, Trinidad y Tobago. No hace falta insistir en que entre los dos extremos cabe un conjunto bien matizado de formaciones intermedias y a veces

inextricablemente complejas, donde se mezcla lo tradicional con lo artificioso en todas sus posibles aleaciones.

Particularmente difícil y hasta dolorosa ha sido la gestación de la llamada identidad nacional de los países latinoamericanos: Venezuela, Argentina, Chile, Bolivia o los microestados insulares del Caribe anglófono y francófono. En estos ámbitos, el colonialismo europeo impuso divisiones geopolíticas totalmente reñidas con la índole sociocultural de las etnias nativas y con las características de las poblaciones de conformación europea, africana y mestiza. Luego, sobre una base tan deleznable, fueron instituidos Estados pretendidamente soberanos, partiendo de un único modelo europocéntrico calcado, sobre la revolución francesa y la gesta napoleónica. Si no fuera por una larga simbiosis entre hombre y ambiente, entre las etnias y grupos involucrados en cada situación particular, además de las afinidades históricas —a veces de larga data— entre ciertos componentes poblacionales, todos estos países lucirían netamente artificiales. No se corrobora por la extrema dificultad de poder configurarse en su seno un verdadero o sentimiento de identidad nacional.

Quizás lo más importante para nuestras indagaciones es el constante juego dialéctico que se da entre las que denominamos *espontaneidad* *inducción* en la génesis de las identidades colectivas. Ninguna de ellas responde a predisposiciones genéticas, si bien una identidad muy tradicional puede sentirse perfectamente como heredada. Pero hasta la identificación más autóctona —en el sentido de enraizada— tiene que reafirmarse continuamente por medios ideológicos en el universo humano actual.

Para insistir en la pertinencia de estas reflexiones para la actual América Latina, en nuestro Continente se está gestando una especie de sociodiversidad articulada. En ella adquieren un nuevo perfil —unas veces por dinámica propia y otras por un esfuerzo organizativo de orden externo mas no necesariamente ajeno— toda una constelación de componentes tradicionales

e innovadores en versiones relativamente puras o inextricablemente combinadas, donde entra lo amerindio, lo afroamericano, lo europeo, lo mestizo-rural y lo mestizo-urbano, sin agotar todas las posibilidades.

Hay un margen amplio de posibilidades de maniobra dentro del cual las diferentes sociedades y sus sectores constitutivos formulan y reformulan permanentemente el hecho cultural e identitario, en su cobertura espacio-temporal. Solo la liberación de esa dinámica plural nos permitirá prevenir y limar antagonismos tan empobrecedores como innecesarios.

Afortunadamente, el desenvolvimiento autónomo de esa pléyade de identidades –sobre todo de aquellas provistas de una espontaneidad mayormente primigenia o incluso tardíamente recuperada– podrá conducirnos a la *construcción* de un escenario mundial poblado por actores colectivos, que se moverán dentro de un *universalismo* societario, muy distinto de una *globalización* impuesta y compulsiva.

II

Para comenzar este capítulo, me atenderé a un punto que aun siendo obvio no se enfatiza con suficiente frecuencia. Una identidad nacional, continental o colectiva de otra índole, ha de tener una raíz positiva, debe tender a superar dificultades, situar a una sociedad dentro de un ámbito determinado con miras al futuro, buscando el perfeccionamiento de su propio modo de vivir. De otro modo la identidad se convertirá y se confundirá con la vergüenza étnica o con cualquier otra sensación colectiva o individual de inferioridad.

Por tanto no nos extraña que se reclame tanto una visión positiva, o en positivo, del país, de la sociedad o del mundo que nos alberga como ciudadanos venezolanos y como latinoamericanos. Cuando se habla de Venezuela en positivo o se organizan movimientos con tal fin, algunos lo hacen incluso con la mejor intención para alcanzar objetivos verdaderamente loables, ya que efectivamente hay un basamento para pensar en nuestra sociedad en esos términos elogiosos y afirmativos de un futuro.

Las razones son múltiples. No podemos en ningún momento olvidar ni escatimar que se trata de un país muy extenso, con paisajes no solo variados sino únicos; con una enorme biodiversidad, una fauna y una flora envidiables en cualquier rincón del universo. En Venezuela desde siempre ha habido importantes creadores culturales a nivel colectivo e individual, una pléyade de intelectuales, escritores, pintores, poetas, músicos, una colección de individuos talentosos si vamos a la cultura académica; y si nos fijamos en la ejecutoria de la estética y del arte popular, igualmente confrontamos notables resultados tanto en el pasado como en el presente.

Incluso se agrega legítimamente la belleza de las mujeres, los logros de algunos atletas y deportistas. Obviamente, un pueblo que se estime debe hacer uso y difundir sus valores y realizaciones. De otra manera caería en la apatía y en una inercia espantosa para salir de los grandes problemas que lo agobian. También se agrega, y con alguna razón se ha repetido mucho últimamente, que en Venezuela coexisten dos países o dos versiones de un mismo país. Uno de ellos está situado en la Capital, en Caracas, donde reside el factor pesimista, el abatimiento, una visión dolorosa y agónica de la realidad, incluso el escepticismo y el abandono. El otro se halla en las ciudades y campos de la provincia. En el interior tendríamos la otra Venezuela, confrontada con ese negativismo que se respira –aunque no es bueno generalizar– en el ámbito capitalino de Caracas.

Según los que así piensan, el ámbito de la provincia sería otro país: un país creador, de empuje, trabajador, con plena conciencia de sus posibilidades y sus potencialidades, y que contrasta favorablemente con la Venezuela capitalina, que sería la decadente. Siguiendo también por esa exploración positiva, es innegable que debemos pensar en los próceres de la Independencia. Ya se ha denunciado suficientemente –es verdad– el culto a Bolívar y la magnificación de la guerrilla de emancipación. De ninguna manera queremos entrar en esa polémica y sabemos que el endiosamiento de Bolívar, de Páez o de Sucre no le hace bien a la sociedad. Pero esto no significa que la existencia de tales hazañas, de aquel período tildado de glorioso, la contribución que esa generación de venezolanos le dio al mundo, deje de volcarse sobre nuestra presente situación, para enfrentarla y echar las bases de un país políticamente independiente y en condiciones de mayor bienestar económico y social. Esto es algo que tampoco podemos tirar por la borda, como algo intrascendente. A cuenta de ciertas exageraciones míticas y fanáticas del culto a Bolívar y a los héroes de la Independencia en general, nosotros no tenemos

el derecho ni debemos caer en el error contrario de minimizar esa etapa y sus personajes, porque aún hoy siguen siendo fuente de creatividad y les infunden una enorme confianza a sectores importantes de la población.

Hace muy poco retorné de una experiencia muy agradable, muy hermosa, de arte popular, donde precisamente la figura central fue la de Simón Bolívar, el Libertador, con sus hazañas, su compromiso con el pueblo, su vida ejemplar, su honradez, su capacidad, su vocación de guerrero y estadista, su valía como persona que sacrificó todo por la libertad de su Patria. Allí se exhibían variadísimas piezas de artes plásticas con sus luchas, incluso su agonía y muerte en todas las configuraciones posibles, en forma seria o humorística, unas veces de manera relativamente superficial, en otros momentos a través de hechos y episodios de mayor trascendencia y profundidad. Su figura estuvo asociada con una cantidad de estampas de orden nacional e internacional, así como también vimos el reflejo de ese reconocimiento en obras llegadas de otros países como Haití y Colombia.

Es decir, si de identidad nacional se habla, nosotros no podemos sacrificar ningún elemento que de alguna forma pueda infundirnos esa legitimidad histórica y cultural, sin la cual no existe sociedad capaz de labrarse algún tipo de porvenir, un plan coherente para alcanzar metas viables, concretas y precisas.

También es lógico ver con respeto y hasta con emulación otras figuras del pasado, intelectuales como Andrés Bello, el mismo Rómulo Gallegos con todas las diferencias que hoy nos separan ideológicamente de su obra. Por todas esas razones estamos acordes en situar esos elementos y configuraciones de signo positivo dentro del contexto más idóneo posible, con la mejor intención de superar los ingentes problemas del país. Queremos asimismo manifestar que este vuelco reciente sobre la identidad nacional, sobre la cultura venezolana y latinoamericana, es un avance considerable a partir del absoluto nihilismo y

escepticismo con que esta clase de temas se trataron en los años 60 o 70, por influencia positivista y marxista; de una estirpe del marxismo que negaba cualquier tipo de manifestación étnica, nacional, identitaria o similar.

Hubo corrientes que rechazaron como ideológica y especulativa cualquier referencia de carácter cualitativo y no material. Según ellas lo único justo, serio, merecedor de nuestra atención, y sobre todo de un tratamiento científico profundo, eran la lucha de clases y las circunstancias de orden económico. Se creía ingenuamente que lo demás se cuidaría por sí solo. Una vez resuelto el conflicto de clases sociales, al tener una Venezuela revolucionaria con base económica socialista, los problemas de otra índole —si es que existían, porque tampoco creían mucho en su relevancia— se irían corrigiendo por cuenta propia, sencillamente por la dinámica de los hechos.

Como modelo y esquema, todo este montaje ha fracasado estrepitosamente; su hilo conductor e idea central —no del marxismo sino de algunas de sus derivaciones— obviamente no responden a nuestra realidad. Más bien, junto con la negación positivista y pragmatista, también la negación marxista de las identidades en su momento causó daño y un gran retraso en la investigación social y cultural.

Si bien hemos puntualizado elementos y parámetros descollantes en la identidad venezolana y por extensión latinoamericana, no hemos mencionado aún, al menos explícitamente, la gran sociodiversidad con que cuenta el país. Esta, por un lado, se extiende sobre el territorio nacional a través de los conglomerados populares, campesinos y urbanos, en razón de la existencia de formaciones culturales a escala regional: los Andes con sus divisiones internas, los Llanos con su diferenciación entre Oriente y Occidente, la cultura propiamente oriental o nororiental de Sucre y Nueva Esparta, las de Guayana, Zulia, Centro-Occidente, de inmensas riquezas. Todas estas regiones

cuentan con sus respectivas tradiciones de cultura material y espiritual, de literatura oral, de formas propias de lenguaje dentro del mismo castellano de Venezuela. A estas divergencias regionales se suman las recientes culturas urbanas y también las culturas rurales de raíz mixta, que no representan exactamente lo rural tradicional por la influencia de tipo urbano y modernizante, pero igualmente siguen siendo culturas locales y fuentes culturales de un enorme potencial creativo.

Sin embargo, cuando hablamos de sociodiversidad, nos referimos ante todo a culturas alogenas respecto de lo hispano, es decir, las culturas indoamericanas y afroamericanas. La presencia de etnias autóctonas con sus idiomas, con sus formas y bases societarias, sus valores y creaciones de toda índole, convierten el escenario venezolano en algo enormemente privilegiado por la variedad pletórica de tales manifestaciones. En lo tocante a la población de origen africano, ha hecho falta una mayor profundización antropológica para comprender exactamente el alcance de su especificidad, pero en cualquier caso sobre esto existen estudios y publicaciones, por lo que no podemos extendernos demasiado en el tratamiento de sus características y particularidades. Tampoco nos permite el espacio referirnos al aporte multifacético de las inmigraciones más recientes, procedentes de diversos países europeos, asiáticos y americanos, cuya significación configurativa es de suma relevancia, si bien aún no existen muchos estudios sistemáticos sobre tal materia.

Hasta aquí nos hemos paseado por muchas razones que se aducen para sostener esa visión afirmativa —como diría don Augusto Mijares— de la identidad nacional. Pero tenemos que examinar todo este encuadre dentro de la actualidad, la situación presente que vive el país. Esta, lamentablemente, no coincide con una idea que podríamos formarnos sobre la base de tantos elementos maravillosos, cuya presencia prescribe y predisponen otro tipo de sociedad.

Podríamos decir que lo aquí enumerado nos proporciona elementos dinámicos reales y tangibles para una sociedad venezolana a largo y a muy largo plazo. No obstante, a corto plazo encaramos una perspectiva casi totalmente distinta e incluso incompatible con lo presentado. En el momento actual sería absolutamente irresponsable tratar de negar o minimizar el hecho de que nos encontramos con un país cuya realidad cotidiana revela una sociedad enferma, incluso desahuciada, sin la proximidad de una cura posible. Para emplear otra imagen, también de la medicina, en ningún caso podemos nosotros consolar a un enfermo con 40 grados de fiebre e incluso moribundo, diciendo que posee grandes cualidades, que tiene la cara bonita, que sería en otras circunstancias gozar de un destino muy distinto. Sencillamente, en este momento y en primer término –como obligación y compromiso inmediatos de los miembros responsables de esta sociedad– la tarea es diagnosticar la enfermedad y curarla rápidamente. Está claro que los elementos positivos enumerados servirán como recursos para esa curación, consistente en la puesta en práctica de soluciones. Mas lo fundamental es ahora la enfermedad, es la existencia precaria de una sociedad inviable y en cierto sentido desahuciada. Incluso podemos añadir que posiblemente para el 50% de sus habitantes Venezuela como sociedad no existe. En verdad no tenemos –hoy por hoy– una sociedad sustentable. Estamos sumergidos en un conglomerado poblacional que apenas sobrevive, que carece de destino, que sufre de una escasez notoria de bienes y servicios, ante la inexistencia de una base económica apropiada. Hasta el hambre y la desnutrición masivas campean a sus anchas, como síndrome primordial de un pueblo subempleado y hasta neurotizado.

Cuando hablamos de los posibles beneficios o de la necesidad de una identidad nacional y de un sentimiento de solidaridad con el país, debemos partir de esta verdad cruda pero tangible, y hasta ahora de muy difícil modificación. Por tanto,

nos parece que la insistencia reiterativa de ciertos círculos en presentar solamente la cara feliz y sonriente de la sociedad venezolana –y, mutatis mutandis, latinoamericana– es otra forma de maniobrar y de manipular la realidad. Sobre todo, si nos fijamos en que aquellos que se reúnen y se anotan para esos programas de Venezuela Positiva, comparecen en grandes salones iluminados y echan discursos enjundiosos, son generalmente gentes muy adineradas, con todas sus necesidades sobradamente satisfechas. Se trata de políticos, banqueros, gente de la alta clase media cuando menos, a quienes nada malo les puede suceder, salvo por algún azar o accidente. Si el país sufriera de problemas aún más agudos, ellos en lo personal ya tienen su vida hecha y resuelta. Ellos pueden hacer holgadamente sus viajes al exterior. Están en capacidad de reunir grandes cuentas bancarias. No tiene por qué importarles demasiado el dolor, la miseria o el sufrimiento de los demás. Así, cualquier prestidigitación que nos ponga por delante una especie de cortina de humo, diciendo que somos la mejor sociedad posible, que somos un gran país, la gran Venezuela, es una tergiversación reveladora de un cinismo intolerable.

Ahora nos toca profundizar algo en las características de la realidad fáctica de un país como Venezuela, que además se entronca con la de otros países del Continente. El diagnóstico ha sido hecho varias veces, pero siempre es bueno dar cuenta de sus rasgos y caracteres definitorios. Hay un país en bancarrota que está sufriendo su enésima ola de crisis financiera, hasta ahora insoluble. Estamos inmersos en un océano de corrupción, que se ha encontrado con la más absoluta impunidad y es estimulada desde muy altas esferas.

Continuamos con una deuda externa que tampoco ha recibido ningún tratamiento político serio. No se sigue diciendo, después de la ruptura de las promesas electorales del nuevo gobierno, que al menos un 30% de los ingresos será utilizado para pagar parte de los intereses de la inacabable deuda externa, sin

considerar los problemas de fondo y sin invertir mayores esfuerzos en las verdaderas necesidades de la sociedad.

Somos un país que está perdiendo los vestigios de su soberanía con una tremenda velocidad; que está vendiendo o poniendo en subasta a cualquier postor, con fines de promover la extracción más elemental de sus recursos renovables y no renovables, una parte inmensa de sus territorios, sobre todo en la Región Sur: la Orinoquia y la Amazonia, poniendo en peligro hasta nuestros recursos hídricos.

Con la multiplicación e intensificación de los planes mineros, estamos a la espera de programas amenazantes que acabarían muy rápidamente con las fuentes de agua potable, los bosques, la biodiversidad, las especies animales y vegetales; inclusive con las culturas indígenas y las comunidades nativas que habitan todos estos territorios. Hasta ahora el gobierno se ha hecho el ciego y el sordo frente a todos estos planteamientos críticos. Mas aún, cuando algún sector se opone con fuerza, se pretende desviar esa crítica diciendo que se trata de reminiscencias ideológicas de los revolucionarios de los años 60, que son los eternos cuestionadores de la ultraizquierda, cuando no simples ecologistas maniáticos o indigenistas retrasados. En cualquier caso, se les caracteriza como fuerzas antinacionales que se oponen al progreso y al desarrollo: algo que obviamente necesita el país moderno según ese criterio tecnoburocrático devenido en política, aunque en forma inconsulta.

Mientras este país se va vendiendo a las transnacionales, se habla a boca de jarro de un proceso de privatización como de extrema necesidad, sin pensar que es precisamente la Banca Privada la que ha tenido que estatizarse por la irresponsabilidad y por el bandidaje de un sector privado. Además, tampoco se nos explica que la privatización significa —ni más ni menos— entregarlo todo a los oligopolios, a las mafias extranjeras o nacionales, sobre todo a las transnacionales. En la práctica esto tiene

también su expresión en convertirnos en una nación donde predominen las formas fáciles y amoral es de conseguir divisas como son los garitos, las salas de juego, los casinos, un turismo basado sobre este tipo de principios. Es decir, el mismo Estado fomenta toda una cantidad de actividades que, a fuerza de buscar ingresos como diere lugar, nos están llevando a un despeñadero del cual no habrá vuelta atrás si esto se llega a cumplir de la manera prevista.

La privatización es un perverso proceso neoliberal que debemos desenmascarar hasta sus últimas consecuencias. Una preocupación legítima del Estado hipertrofiado sería transferir muchos de sus bienes a los municipios, a determinados sectores ciudadanos, a las asociaciones de vecinos, a las cooperativas, a los pequeños y medianos productores, a los campesinos, a los estudiantes, a los indígenas, a las familias y personas que necesitan progresar y tienen iniciativas con qué hacerlo. Todo ello contribuiría a crear en Venezuela una economía propia y un desarrollo sustentable. En su lugar, los gobiernos se limitan a convocar para la gran rebatiña a los accionistas de las compañías transnacionales. De este modo vamos a perder toda la independencia económica que aún nos queda, cuya secuela sería la renuncia definitiva a la soberanía política. Lamentablemente, hasta ahora no estamos viendo ninguna otra salida, de acuerdo a los planes manejados por los poderes públicos, a quienes no les duele el país ni les importa el futuro.

Por consiguiente, se menosprecia toda solución, toda salida autogestionaria, genuina, popular, democrática y participativa. Es decir, la democracia dentro de la economía, la democracia económica como tal, se convierte ya en una entelequia, en una utopía imposible de alcanzar. Ahora bien, esta es la situación actual del país y de muchos otros países similares al nuestro. Dentro de tal contexto ningún tipo de pesimismo es injustificado. De este modo nuestra obligación mínima sería —de alguna

manera— conjugar una visión afirmativa de nuestra identidad y potencialidad con un diagnóstico realista de la situación actual y elaborar —en consecuencia— un plan de acción alternativo que optimice todos los recursos disponibles y crear las bases para su ejecución práctica, hasta donde alcancen nuestras capacidades como sociedad cada vez más orgánica y organizada.

III

Lo anterior demuestra a las claras que la identidad del venezolano —o del latinoamericano— no puede concebirse de una forma simplista y reductora. Y cuando hablo de simplismo quiero expresar que se han dado históricamente dos extremos en la interpretación de estas identidades. Uno de ellos es una proposición cerrada, hermética, algo estetizante; una visión reducida a lo mítico y lo místico —a veces a lo ritual y lo festivo— de la identidad, como trasunto de una sensación de la que estamos imbuidos solamente por pertenecer a esa sociedad. Creemos sin más que este es el mejor de los mundos, la más excelsa de las sociedades, el país más hermoso; pero sin detenernos a explicar y analizar el por qué y sin descender nunca a la realidad ni auscultar su dinámica. Esta sería una de las concepciones simplistas que yo llamaría la visión puramente mística de la identidad. Esto no niega, por supuesto, la legitimidad de componentes míticos y místicos en su constitución, siempre y cuando ellos no ocupen la totalidad de la representación colectiva identitaria.

Ahora bien, la otra visión que a su manera es igualmente inaceptable por simplista, sin verdaderas aristas que puedan servirnos de herramientas para enfrentar nuestra problemática, es la visión *factorialista*. El *factorialismo* es el tratamiento de la identidad que tuvo su máximo desarrollo en los años 80, sobre todo en México, para atenernos a la ciencia social de este Continente. Repentinamente, después de un largo silencio, luego que el positivismo, el estructural-funcionalismo y ciertos marxismos prácticamente impidieron o prohibieron tomar en serio esta temática, surgió —a raíz de ciertos planteamientos, primero etnomarxistas y después más amplios— en México y otros países, un conjunto

de científicos sociales, sobre todo antropólogos, que empezaron de nuevo a legitimar un espacio para la identidad. Fue entonces cuando se comenzó a hablar de los factores constitutivos de la identidad –tanto objetivos como subjetivos– como si fueran partes de una sumatoria fácilmente cuantificable, reductible a esquemas cientificistas y de un manejo relativamente sencillo, a base de encuestas y metodologías clásicas y ortodoxas, con las que cuentan las ciencias sociales hace mucho tiempo.

Partiendo de tales premisas, ¿qué sería entonces un mexicano? Sería prácticamente una colección de estereotipos, de unos factores fáciles de identificar y manejar dentro de un universo estadístico. Esos elementos a veces son evidentes y pueden ser hasta banales y tautológicos. Podría tratarse de la figura del charro, el lenguaje chilango, el jarabe tapatío, cierto tipo de catolicismo que se centra alrededor del culto de la Virgen de Guadalupe, junto a reminiscencias del pasado azteca. En general, esos planteos de un grupo de intelectuales factorialistas no difieren mucho de aquellas películas mexicanas que nos inundaron en una época. Estas reducen en una forma repetitiva y distorsionada a todo un país de extrema complejidad a un conjunto de parámetros que son fáciles de abordar en términos de estereotipos muy elementales. Ello es cierto a tal punto, que en un momento esas manifestaciones fílmicas tuvieron su gran público tanto en México como afuera, y de cierta manera también se revirtieron sobre el propio país mexicano y sobre América Latina entera; hasta el extremo de que efectivamente llegó a emerger un sector de la baja clase media mexicana, el cual creyó a pie juntillas que este era realmente el prototipo identitario que reclamaba su adhesión incondicional como pueblo.

En el mismo cuadro también entran factores como el machismo y el marianismo. Ellos son dos caras de la misma moneda, que en México han tenido un desenvolvimiento interesante. El machismo no requiere, por el momento, de mayores

comentarios. En el marianismo, la mujer sufre y padece, sin embargo tiene influencia y poder, actúa decisivamente sobre el macho, redime la sociedad con su figura angelical y maternal, y prácticamente accede al papel de hacedora de milagros. El marianismo no se concibe sin su contraparte, el duro machismo latino, el comportamiento del hombre en sus roles de bebedor, parrandero, camorrero, apostador, jugador, actor de numerosas revueltas y revoluciones donde también lo acompaña la mujer. Todo esto forma parte de las películas citadas, y aparece también retratado en las rancheras y en los corridos. Esta música mexicana, melodiosa y estridente, no por nada goza de tanta extensión, difusión e influencia en países como Colombia, Chile y los de Centroamérica. Inclusive en cierta parte de Venezuela –como nuestro Occidente, los Estados Zulia y Trujillo en particular– la vigencia de la ranchera mexicana es algo impresionante, hasta en la península de la Guajira.

Esas representaciones factoriales, por supuesto, sirvieron en su momento para poner sobre bases algo más firmes y seguras, el concepto de la identidad. Pero, indudablemente, no pudimos quedarnos allá y mucho menos limitar la identidad a una suma de factores de esta o de otra naturaleza; sin negar en lo absoluto la existencia y pertinencia de tales factores en su papel de subyacencias, necesarias para el proceso psicosocial de identificación.

Siguiendo con el parangón, si redujésemos factorialmente rasgos de la identidad peruana, tendríamos que hablar del paisaje andino, de las ruinas incaicas, de la presencia del pastoreo de llamas, de la agricultura productora de maíz, del campesino indígena de habla quechua, y de toda una serie de características que también serían tan reductivas como la que acabamos de señalar en el caso mexicano. En Venezuela encontraríamos un conjunto de motivos para sembrar nuestro cuadro de diferentes estereotipos. Está la figura de María Lionza, que indudablemente ocupa el sentimiento religioso de millones de venezolanos, que

tiene una gran vigencia nacional; pero que tampoco se manifiesta igualmente en todas las capas sociales y mucho menos en todos los individuos. Asimismo, el maria-lioncismo –como factor y manifestación religiosa– no imprime las mismas experiencias en todos los fieles y creyentes de esta religión popular.

También se postula entre nosotros –como factor de identidad– la llamada viveza criolla, el humor del venezolano, que indudablemente tiene manifestaciones específicas, pero tampoco ellas son extensivas a toda la población en una misma forma ni pueden generalizarse de manera absoluta. Además hay algo muy interesante en el hecho de que todos los pueblos del mundo reivindican su peculiar sentido del humor. Es decir, hay cierto etnocentrismo en las poblaciones, según el cual todo pueblo se autocalifica de vivo, mientras que el vecino es el pendejo. También en el interior de cada país se cuenta –siempre o casi– con una región que viene siendo como la patria de los bobos, de los pendejos, de quienes no se ajustan a ese prototipo de astucia y viveza que si son privativos del resto de la población. En Venezuela estamos pasando del estereotipo del andino o gocho al del gallego como encarnación de esa categoría discriminada por la supuesta ausencia de algunas características deseables para la psique colectiva.

Este fenómeno lo tenemos en todos los países del mundo. La astucia es algo demasiado genérico, incluso en sus manifestaciones más autóctonas y específicas, para situarla a manera de parámetro de identidad. También se nos habla constantemente del mestizaje multirracial. Se nos identifica –tanto al país como al Continente latinoamericano– por el mestizaje transcurrió en toda su extensión, por la conjunción de etnias de base europea, sobre todo ibérica, con los pueblos amerindios y muchos africanos. Pero tampoco ese mestizaje puede universalizarse como símbolo de identidad, porque podríamos caer en un racismo al revés. De esta forma ya el habitante de la Colonia Tovar no sería tan venezolano por su ascendencia básicamente alemana; y los

hijos de inmigrantes tampoco serían venezolanos, por lo menos no a carta cabal. Pero lo peor del caso es que esto se revertiría en las regiones afrovenezolanas por el predominio del elemento negro; y por supuesto sobre todo las etnias indígenas. Ellas no entraron de lleno en ese mestizaje y más bien han conservado los parámetros fundamentales de sus propias culturas. Sobre tal fundamento epistemológico podríamos incluso sostener que no son venezolanos, como efectivamente lo ha dicho un antropólogo, por otro lado muy respetable, el bien conocido Rodolfo Quintero: “Para mí el indio no integrado no es venezolano”. En su caso, el pasaporte a la venezolanidad es el mestizaje y una cultura única formada por una amalgama de características heteróclitas, que constituyen un “pueblo nuevo” en términos de Darcy Ribeiro.

Indudablemente, el mestizaje en América Latina, y esas formaciones nuevas a las cuales apunta Darcy Ribeiro, son realidades. Mas tampoco podemos convertirlas en estereotipos rígidos, utilizarlas como la definición de una nacionalidad, y menos aún aplicarlas a todo un Continente como sello quizá único e indeleble de su identidad.

¿Cuáles son las otras caracterizaciones que se nos aplican como factores de identidad? Se dice que el venezolano es igualitario, que tiene un trato llano, que no hay una diferencia abismal entre el comportamiento y la interacción que se desarrolla en el seno de una clase o sector social y en otros muy distintos, tampoco se observa un gran desnivel en la interacción entre distintos grupos sociales. Consecuentemente, la venezolana no es una sociedad puntillosa o ceremoniosa. Esto puede ser superficialmente cierto. Pero también hay que tomar en cuenta que más bien, desde el punto de vista de las clases sociales consideradas en función de los medios de producción, las desigualdades son enormes; y estadísticamente Venezuela podría ser una de las sociedades más desiguales del mundo en cuanto a la repartición de

la riqueza y también a los verdaderos y reales privilegios que se asignan sobre esa base.

También se esgrime como señal de identidad la existencia de géneros musicales como por ejemplo la música llanera, que bien puede ser una parte importante del acervo y hasta un símbolo activo dentro de la cultura venezolana. No obstante, esto no puede trasladarse automáticamente a las clases, sectores y grupos sociales, y menos a los individuos que constituyen toda la sociedad nacional.

Finalmente queremos señalar otro factor que supuestamente es de una gran pertinencia identitaria, como es el caso del tipo de español que se habla en Venezuela. Por un lado es cierto, con base en los estudios del castellano hablado en Venezuela, que existen características fonológicas, morfosintácticas, léxicas y discursivas en el uso vernáculo del lenguaje e incluso venezolanismos extensivos a todo el país, si bien en número menor de lo que se pudiera creer. Aun así el dominio de una forma específica del idioma español no es lo que caracteriza a Venezuela o a todos los venezolanos. Sobre todo, si partiésemos de una base estrechamente lingüística, pondríamos de alguna manera en entredicho la vocación pluricultural y pluriétnica de nuestra sociedad. Habremos dejado de lado a las sociedades indígenas; y por cierto existe también el problema de una cantidad de venezolanos no indígenas que por una razón u otra, aun siendo ciudadanos del país e incluso poseedores de acendrados sentimientos patrióticos, de identificación y solidaridad, no dominan el español en la misma forma que el resto de la población.

Además, también las diferencias regionales son considerables, a pesar de la aplanadora que significa la educación primaria, la urbanización y las migraciones que se dan entre una parte y otra del territorio nacional. De esta manera ya se nos ha hecho obvia la necesidad —y hay suficientes argumentos para

ello— de rechazar una interpretación factorialista de la identidad del venezolano.

Ciertamente, estos factores son culturalmente pertinentes. Como tales repercuten de una forma u otra en la identidad personal de cada individuo, de cada miembro de la sociedad. Por tanto, a la figura de María Lionza cada venezolano la asume de alguna manera, por repercusión o por reflejo hacia su personalidad individual, sobre la base del estereotipo que existe y que se maneja de muchas formas en todos los ámbitos del país, y que es de presencia cotidiana. Similarmente, las diversas manifestaciones de tipo artístico, musical y estético también repercuten en la identidad, porque tarde o temprano recaen sobre las personas y grupos sociales. Pero de ninguna manera son símbolos de la identidad de todos y de cada uno de los venezolanos; lo mismo que tampoco lo serían las manifestaciones juveniles como el rock en español, la salsa, los rasgos urbanos populares con su desarrollo muy específico. Todo eso añade algo o mucho a nuestra propia sociodiversidad, matiza y sirve para conformar un cuadro o retablo sociohistórico. Como tal es muy respetable en su carácter de fuente de representaciones colectivas que habrá de contribuir a nuestra identidad, pero no puede confundirse con ella.

Entonces, esa base societaria —para que luego se convierta verdaderamente en la identidad de un pueblo— habrá de transformarse en representaciones colectivas sólidamente fundamentadas. Es decir, las identidades tienen que remontarse a un plano transcategorial, para ser asumidas como totalidades por los miembros de una sociedad, a la vez que internalizadas en forma consciente y hasta inconsciente. Hay que hacer hincapié en la solidaridad que esto supone, con un proyecto mínimo en común, con una coherencia histórica y vivencial, y sobre todo con la capacidad de aprehender la realidad y la necesidad de transformarla. Hay que saber comprender y vivir en el país real, tal como está ahora con sus múltiples y terribles imperfecciones, a fin de ser

partícipes de algún esquema de transformación y de alguna realización colectiva que puedan reconducir al país, y a la sociedad en general, hacia formas diferentes de convivencia. Estas, si bien no llevarían a la perfección ni a introducirnos en un mundo sin contradicciones, contrastes, altibajos y problemas, sí deberían de algún modo acercarnos a una sociedad gobernable y manejable, distinta y cualitativamente mejor, al compararla con la que tenemos hoy día.

IV

Ahora bien, asumir esa realidad nos hace pensar en todas las características que en parte debimos resumir en la parte anterior del trabajo. Pero tenemos que insistir en hechos como los siguientes: la existencia de tres presidentes de la República enjuiciados por razones políticas y económicas, por corrupción y mal uso del poder; la situación de los servicios públicos y sobre todo los hospitales y centros educativos, que nos coloca estadísticamente en uno de los peores lugares, no solamente del Continente sino del mundo entero; la confusión anómica debida a una inseguridad generalizada que no nos permite adivinar si podremos sobrevivir día a día, ante el embate de los asaltos y ataques contra la vida humana y contra toda una serie de valores que ya aparentemente no existen como tales.

La prueba es la siguiente. Cuando una senadora está proponiendo la pena de muerte, la misma población, en vez de rechazar semejante engendro, asienta su conformidad y expresa la necesidad de que efectivamente se aplique la pena de muerte. Ya se perdió, hasta dentro del poder legislativo como representación popular, el valor de la vida humana. Por añadidura, y a sabiendas de que existe una problemática social enorme y hasta insoluble, la misma población –tal vez por imitación de los Estados Unidos donde la pena de muerte se ha aplicado desde siempre– se ha vuelto hasta cierto punto suicida y enemiga de sus propios intereses. Esto se comprueba por la repetición de votaciones a favor de los opresores y detentadores del poder, quienes han fallado repetidas veces y han conducido al país hacia el peor de los degolladeros. Sin embargo, hay como un apego hacia esas ideologías y esos grupos cuestionados, lo cual hace que un pueblo –ya no

solamente despojado de su identidad sino de los valores mínimos de la convivencia— esté en este momento en una situación o trance de crisis que es casi equiparable a la crisis de los gobernantes.

Se maneja en casi todas las doctrinas políticas, sobre todo en las llamadas progresistas y revolucionarias, un esquema de partida doble. Por un lado están los opresores, los sectores dominantes que se satanizan, quienes son los malos de la partida y los causantes de todos los daños infligidos a la sociedad. Se practica un maniqueísmo entre los sectores dominantes y los sectores dominados. Los dominantes, por supuesto, actúan merecidamente el papel de la maldad, de la avidez, del vicio y de la corrupción. Frente a ellos se sitúa el sufrido pueblo, toda la gente buena y pura, pero que lamentablemente —por los avatares históricos y coyunturales— no ha podido tener acceso a un sistema de gobierno que se merece y a una sociedad donde le toque vivir dignamente.

Sin embargo la situación no es tan sencilla, y no podemos dividir el país entre buenos y malos; ni siquiera bajo esquemas de dominación, la franca oposición y hasta lucha de clases y de intereses contrapuestos entre sectores dominantes y dominados. Lamentablemente, cuando este problema de la opresión se prolonga por mucho tiempo, también los de abajo —como dice don Mariano Azuela, novelista mexicano— las mayorías oprimidas van acogiendo fuertes características negativas que en principio deberían ser exclusivas de las capas dominantes. Entre tales elementos se destaca una terrible sociopatía y una reacción que ya no se da en términos de rebeldía sino de matarse entre ellos mismos y destruir todo atisbo de pacífica convivencia. La misma actitud de los oprimidos dificulta y complica, mediante una descomposición anómica, todo esquema referencial y toda posibilidad de trascender una negatividad dada a partir de la historia y la coyuntura presente.

Cuando, por ejemplo, el pueblo admite, celebra y admira la corrupción, falta apenas un paso para que podamos afirmar que

incluso el hombre más oprimido, la persona más pisoteada de una sociedad, no es más que un corrupto en potencia. Si ese mismo individuo marginado el día de mañana accede a un puesto de responsabilidad y poder, se comportaría quizás exactamente en la misma forma que el actual opresor satanizado.

Lamentablemente, esto revela procesos profundos de psicopatía, sociopatía, vergüenza étnica, complejo colectivo de inferioridad, desintegración social. Todo ello se conjuga de tal modo que la misma lucha de clases y estratos se convierta en un fermento de males sociales, donde ya no se reivindica éticamente ni siquiera el oprimido. Las propias sociedades indígenas, que mantienen y manifiestan sus tradiciones y una resistencia secular, también desarrollan elementos negativos como la vergüenza étnica, como la división en el seno de la etnia y la explotación de unos miembros por otros de la misma comunidad. Se da una suerte de disociación dentro del propio sector oprimido, quien será el llamado a encontrar nuevas fórmulas de resistencia y hasta de recuperación social.

Lo que está pasando con los indígenas también puede extrapolarse a todos los segmentos populares desfavorecidos, ya sean campesinos o marginados urbanos. La población urbana está aún más expuesta, precisamente por su densidad demográfica. En un barrio que tenga 100.000 habitantes, la existencia de un grupo de 10 malandros ya es suficiente para intimidar e imposibilitar la convivencia armónica para el resto de los 99.990 miembros. La presencia de unos pocos antisociales ponen la pauta, dictamina y establece los esquemas referenciales y las reglas del juego para el resto de la gente. La mera intimidación suele lograr que los demás, sencillamente, no se atrevan a dar la cara frente a uno o varios grupos que poseen las armas, que tienen los recursos, que manejan el dinero de la droga y forman parte de una organización hamponil cada vez más activa, por más que también ella esté repleta de mortales contradicciones y luchas por el poder.

La corrupción y el crimen se dan en las multitudes desheredadas, así como en las cúpulas privilegiadas. La imposibilidad aparente de encontrar fórmulas viables de solución es algo que infecta a todo el cuerpo social, más allá de una supuesta fuerza satánica del opresor. Entonces, afortunadamente, los planteamientos sobre identidad, compromiso social, comprensión y confrontación participativa de nuestra realidad, también sirven en este sentido de gran ayuda. Nos suministran una especie de terapia colectiva a los oprimidos y a la propia clase media, que por supuesto también está llena de este mismo tipo de vicios y disensiones. Busca romper la valla de impracticabilidad de organizarnos para formar una fuerza articulada y crear bases transformadoras que por lo menos nos sirvan como peldaño para acceder a otro tipo de sociedad, que vaya superando la poca factibilidad de nuestro modo de vida actual.

V

Para la parte final, quisiera hacer algunos señalamientos sobre la forma como interactúan la literatura y los literatos con toda esta problemática de la identidad y de las perspectivas reales de los distintos países. En general, tanto los escritores del boom latinoamericano, como los anteriores y subsiguientes, siempre han planteado a su manera los problemas de la identidad en sus incontables facetas. Ellos no han hecho como ciertos intelectuales más apegados a la ciencia social –a la economía y la sociología– que por largo tiempo han tratado de borrar del mapa toda preocupación identitaria. Los escritores sí lo han asumido en sus justos términos. Unas veces no lo han logrado en la forma más adecuada a las circunstancias. Pero en su defensa sea dicho que casi siempre han asomado algunas caracterizaciones valederas, y en muchas oportunidades ellos han sido nuestros guías y mentores para redescubrir y estudiar rasgos y comportamientos interesantísimos que nos caracterizan como pueblos y como Continente Latinoamericano.

Por ejemplo, para citar un solo caso, es llamativo constatar en qué forma un autor colombiano como Mejía Vallejo –en *La Casa de las dos Palmas*– caracteriza un sector de la sociedad colombiana de fines del siglo pasado hasta comienzos del presente. Ahí contemplamos efectivamente un retablo de las características del hombre antioqueño en sus distintas clases y estamentos sociales. En esta obra desfila la arquitectura, la forma de hablar, la religiosidad e incluso ciertas formas de fanatismo. Observamos la manera de relacionarse los sectores y grupos sociales, el machismo con todas sus aberraciones, la lucha entre las grandes familias, las tensiones entre la aristocracia local y lo que ella

consideraba la plebe en este tipo de sociedad. La novela es casi una enciclopedia de lo que puede haber sido un período crucial de la vida colombiana.

También podemos trasladar este tipo de señalamientos a otros autores como Rómulo Gallegos, pero siempre con bastante cuidado debido a ciertos enfoques positivistas y racistas que emanan de este ilustre personaje de nuestras letras. En Gallegos, el indígena siempre es visto como atrasado, como persona no realizada. Este gran escritor no le da ningún peso a la sociodiversidad, también confunde naturaleza con monte, y el monte debe dar paso a la civilización contemporánea. En algunos momentos —por ser un escritor inteligente y lúcido— el admira, sin embargo, el escenario de la sabana en *Doña Bárbara*, de la selva de Canaima, o los mismos eriales guajiros en *Sobre la misma tierra*. Pero en otro intervalo —dada su carga positivista y los señalamientos de la ciencia y de la filosofía en su época, provistas de una ideología muy especial— opta por la modernidad a ultranza, por la supresión de las diferencias, por la europeización total del país. Se pronuncia por un proceso que conduzca a Venezuela hacia un destino lo más próximo posible a los modelos europeos, en lo cual se asemeja a la mayoría de sus contemporáneos.

Por el contrario, en el *boom* tenemos ya señalamientos muy distintos. El realismo mágico de un García Márquez le hace, por ejemplo, mucha más justicia a la especificidad y a las características intransferibles no solo de la costa colombiana, sino por extensión a todos nuestros países. Quiero señalar en especial la posición de Roa Bastos —gran escritor paraguayo— quien admira profundamente las sociedades indígenas de su país y del Continente. Hay que recordar que Paraguay es una nación íntegramente bilingüe, producto de una larga convivencia y mestizaje de matriz guaraní-tico-hispánica. El campesinado paraguayo habla fundamentalmente el guaraní, y tiene en su cultura popular un componente y un sustrato inmarcesible de base guaraní-tica.

Sin embargo, cuando Roa Bastos se refiere a las culturas indígenas ni siquiera habla de esa parte de la sociedad paraguaya que se expresa casi exclusivamente en guaraní, y que a pesar de su inserción en el campesinado es específicamente de raíz indígena. Él se refiere a los indios guaraníes propiamente dichos, y a menudo a los indígenas distintos de los guaraníes; es decir, a los menos contaminados —si se quiere— por el componente hispano y europeo-occidental.

Roa Bastos recoge, analiza y comenta en términos muy elogiosos las literaturas orales indígenas del Chaco, donde habitan —en la parte occidental del territorio paraguayo— los nivacle, los toba, los lengua, quienes poseen expresiones culturales, manifestaciones literarias propias, de un enorme valor estético, insufladas de una creatividad única. Es el mérito de un escritor como Roa Bastos —para quien estos productos son lo más excelso y granado de la literatura paraguaya— el haber puesto en evidencia esas sociedades autóctonas, no solo de su país sino del Continente Americano entero. Con todo, después llega a conclusiones muy pesimistas porque termina negando la vitalidad de tales culturas. También el título de la obra que comento es muy significativo, ya que reza: *Las Culturas Condenadas*.

En el caso de un novelista pro-occidental y elitesco como Vargas Llosa, sale a flote una cantidad inmensa de prejuicios contra la etnicidad quechua en el Perú. El habla de la necesidad absoluta del mestizaje, de la desindianización y de la modernización; a la par que sus escritos guardan relación con el modelo neoliberal, que él mismo proclama como candidato presidencial y como político activo de ideas muy impositivas.

Carlos Fuentes nos ofrece una visión mestizo-céntrica, en cierta forma heredada del filósofo mexicano Vasconcelos. Así como este señala el surgimiento de una pretendida raza cósmica en América Latina, también Carlos Fuentes nos remite al imperativo de un mestizaje homogeneizante y generalizado. Pero

como bien dice el venezolano Briceño Guerrero en su Discurso Salvaje, el mestizaje producido en América es en el fondo reductor y conduce a la larga, a una europeización y occidentalización indirectas. Hasta ahora nuestro mestizaje ha sido europocéntrico y encubridor de los aportes africanos y autóctonos de América. No negamos que pueda haber un tipo de mestizaje respetuoso y hasta promotor de viejas y nuevas sociodiversidades. Es esta una posibilidad aún inexplorada; pero aquí entraríamos en el terreno de las proyecciones futuristas aunque perfectamente viables.

En cuanto a Octavio Paz, tenemos una combinación muy curiosa entre sus conocimientos profundos de diferentes aspectos del México precolombino y la angustiante realidad actual que vive su país. No deja de asomar cierto respeto por las culturas indígenas, impregnado como está por los planteamientos estructuralistas de Lévi Strauss. Pero al mismo tiempo cede ante la tentación neoliberal, al desear para México una modernidad que de suyo petrifica y convierte en pasado remoto el componente indio, aun reconociéndolo como patrimonio de la sociedad mexicana.

Octavio Paz es un autor contradictorio dado el sesgo neoliberal de su ideología, pero de todas maneras su aprecio por lo prehispánico lo convierte en un autor distinto de otro respetable intelectual latinoamericano, Arturo Uslar Pietri. Él comparte muchas ideas con Octavio Paz e incluso declara en sus escritos su afinidad con el mexicano. Hace suyo su afán liberal y modernizador, pero al propio tiempo ve con un desprecio muy poco velado la presencia indígena y hasta cierto punto la realidad campesina y popular venezolana, lo propio y lo específico de nuestra sociedad. Al igual que don Rómulo Gallegos, él se declara partidario y propulsor de la modernización del país al precio que fuere. Podríamos seguir con los ejemplos *ad infinitum*, mas sería realmente interminable relacionar a los diferentes autores del pasado y del presente latinoamericano con nuestro problema identitario y con los planteamientos sociopolíticos y

económicos concomitantes, algunos de los cuales están en plena efervescencia.

Querríamos concluir diciendo que siempre ha habido una profunda corriente interactiva entre la producción literaria y las manifestaciones reales de la identidad, junto a los entornos culturales que se dan en los diferentes países de América Latina. Precisamente, uno de los grandes valores que hace a nuestros escritores objeto de una ávida curiosidad intelectual en el resto del mundo, y también su propensión a ser premiados internacionalmente y a constituirse en figuras claves de la intelectualidad contemporánea, en su asunción de lo específico de nuestras realidades con sus identidades particulares. Esto no desmiente la forma a veces un tanto retorcida, dificultosa y contradictoria como el literato se inserta en el acontecer diario de nuestras sociedades.

En resumen, para el científico social y para el lector general las obras de nuestros escritores, poetas, ensayistas e intelectuales sirven de una enorme y riquísima materia prístina para estudiar las identidades, culturas y ámbitos problemáticos de nuestra gran sociodiversidad latinoamericana. Sin embargo, es muy necesario tener en cuenta que cada autor trabaja con su ideología e idiosincrasia muy especial; su información puede ser muy amplia, pero a su vez es bastante limitada por razones de formación y de índole biográfica y contextual. Además, ellos nunca ilustran directamente una identidad sino que reproducen —o más propiamente recrean— expresiones y elaboraciones de algunos fenómenos de nuestras culturas. Solo secundariamente y por vía indirecta se revierten a lo que son las verdaderas representaciones colectivas que sí constituyen la identidad desde el punto de vista de las ciencias sociales.

Se trata, en todo caso, de un reflejo y una reelaboración, no de una transferencia directa. Por otra parte, en esa interacción no solamente hay que considerar la manera como la literatura trata de reproducir o ilustrar la identidad colectiva. Como ya lo

mencionamos antes, la misma literatura —cuando se divulgan y se popularizan las obras de los poetas y novelistas en las clases medias, en el estudiantado y hasta en los medios populares— llega a crear representaciones colectivas, o retoma elementos de otras anteriores transformándolas de manera tal, que los escritores también actúen directa e indirectamente sobre las identidades nacionales y regionales de nuestros países. Es innegable, pese a todas las reservas o críticas que podamos esgrimir a nuestro ilustre novelista, que el llanero venezolano es distinto antes y después de Rómulo Gallegos. Así como la obra galleguiana moldeó al llanero actual, también podemos sostener con propiedad que la identidad colombiana —y no solamente la peculiarmente costeña— no es la misma antes y después de García Márquez. Si orientamos esta elaboración teórica de una manera más sintetizadora, podemos decir que no solamente nuestros creadores intelectuales reconocidos sino la totalidad de nuestra creatividad popular y societaria intensifica, a la vez que modifica y a menudo hasta recrea, las bases culturales e identitarias de los sectores sociales constitutivos de la América Latina actual.

DR. ESTEBAN EMILIO MOSONYI

Junio 1995

BIBLIOGRAFÍA

- ABOUHAMAD, Jeannette (1970). Los hombres de Venezuela, sus necesidades, sus aspiraciones. UCV. Caracas.
- CHACON, Alfredo (1979). *Curiepe*. UCV. Caracas.
- CLARAC DE BRICENO, J. (1976). *La cultura campesina de los Andes venezolanos*. CDCH. Mérida.
- DIAZ POLANCO, Héctor (1987). *Etnia, nación y política*. Juan Pablo Editor S.A. México.
- GARCÍA C., Néstor (1989). *Culturas híbridas Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ediciones Grijalbo. México.
- HERRERA LUQUE, F. (1987). *Manuel Piar: Caudillo de dos colores*. Editorial Pomaire. Caracas.
- MONTERO, Maritza (1984). *Ideología, Alienación e Identidad Nacional*. EBUC. Caracas.
- MOSONYI, Esteban (1982). *Identidad Nacional y Culturas Populares*. Editorial La Enseñanza Viva. Caracas.
- _____(1993). *Lo ideológico y lo ontológico en la Identidad Nacional Venezolana* (Mimeografiado).
- RIBEIRO, Darcy (1969). *Las Américas y la Civilización*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- SAMBARINO, Mario (1980). *Identidad, Tradición, Autenticidad. Tres Problemas de América Latina*. Centro Rómulo Gallegos. Caracas.

Identidades espontáneas e inducidas:
Su repercusión en el caso venezolano
se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, estado Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares

Identidades espontáneas e inducidas: Su repercusión en el caso venezolano nos sumerge en un análisis profundo y crítico de la identidad nacional venezolana y latinoamericana. Mosonyi, una figura clave en la etnología y la lingüística, desentraña cómo las identidades se forjan tanto de manera orgánica como a través de procesos impuestos. El autor aborda la compleja interacción entre lo ideológico y lo ontológico en la formación de la identidad, invitándonos a reflexionar sobre las raíces de nuestra diversidad cultural y social, mientras cuestiona los mitos y las construcciones ideológicas que han permeado nuestra comprensión de lo venezolano.

ESTEBAN EMILIO MOSONYI (CARACAS, 1937)

Es un lingüista y antropólogo venezolano, figura clave en el estudio de las lenguas indígenas. Se formó en la Universidad Central de Venezuela (UCV) y en la Universidad de California, Berkeley. Ha recibido múltiples reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Cultura mención Humanidades (1998) y la Orden Francisco de Miranda. Actualmente, es profesor emérito de la UCV, donde ha impulsado la creación de programas de estudio interculturales. Su trabajo es fundamental para la comprensión y defensa de la diversidad etnolingüística en Venezuela y América Latina. Su obra se centra en la revitalización y dignificación de las culturas originarias. Entre sus libros destacan *El idioma guajiro: Fonología, morfología y sintaxis* (1975), *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva* (1975), *La autodeterminación de los pueblos indígenas* (2000), *Identidad Nacional y Culturas Populares* (1982) y *Aspectos de la génesis de la Educación Intercultural Bilingüe para los pueblos indígenas de Venezuela* (2006), entre otros.

